



Macrocosmos

Del límite y su vigencia en la dinámica del poder

Juan GREGORIO AVILÉS

Profesor de Filosofía. CETEP. Murcia

Pensáramos las culturas, sólo un poco al modo de W. Benjamin, como grandes constelaciones que trazaran evoluciones diversas, fueran éstas de expansión, transformación —revolucionaria o no—, e incluso de implosión. Ahí se nos aparecería, hoy, la nuestra como enorme torbellino en transformación acelerada o avasalladora expansión que presiona, asimila o destruye cualesquiera órdenes simbólicos que no graviten en coherencia con su propia ley estructuradora. Quedaría así entendido que una cultura —hablamos ahora de la nuestra—, en la medida en que obedece a su propio *conatus*, se organiza como sistema de fuerzas centrípetas, como movimiento de inclusión.

Concedamos que se trate aquí tan sólo de unos supuestos; pero que ilustran —de qué manera— el carácter enérgico de una cultura que, en el devenir de su ímpetu autoafirmativo, en su movimiento incluyente de expansión, asume como horizonte regulativo la aspiración a la universalidad. Pero añadamos inmediatamente que el movimiento de la fuerza que incluye —y el ser de dicha fuerza— reclama la resistencia de aquello que queda excluido por el mismo movimiento. De este modo el territorio de lo excluido, rehusado hasta considerarlo como barbarie, ofrece una ambivalencia —«*tremendum et fascinans*»— con relación a la propia cultura: por un lado aparece como lo otro no asimilable y por ende como amenaza con la que no se puede rozar, que es preciso mantener a distancia mediante la aceleración de las fuerzas del propio torbellino; por otro, se muestra lo excluido como la contrafuerza que, nietzscheanamente, permite mantener el impulso expansivo y la ilusión regulativa de la universalidad.

Quede pues, entre estas líneas, denunciado como añagaza el reclamo de la tolerancia en una Europa que se las promete de organización multirracial, multicultural, multirreligiosa; pues tras ese concepto —uno de los rasgos en los que nos gustaría sentirnos herederos de la Ilustración— se manifiesta la exigencia de ampliar los límites de la propia cultura, readaptar sus órdenes gravitatorios, con el objeto de integrar otros subórdenes de significantes conservando y robusteciendo al tiempo los ejes principales de su organización. Quede por otra parte bajo cuestión la pretendida universalidad de la cultura de Occidente, horizonte cuya siempre diferida realiza-

ción alimenta y sostiene al ímpetu dialéctico del propio movimiento. Son cuestiones éstas que, coherentes con el dinamismo del sistema y con su lógica, llevan a pensar en un incremento en progresión indefinida de la energía, esto es, del campo de fuerzas del poder: no pudiendo extenderse éste sin la constricción de un límite ni culminar su aspiración totalizante sin abolirse como tal poder, se postularía —no menos regulativamente— la posibilidad de la implosión. Hablaríamos, así, de un impulso enérgico que presiona los límites del sistema buscando su expansión y que amenaza con su estallido hacia dentro —o hacia afuera, incontrolado— si no hallara resistencia exterior que pudiera bordear y vincular dicha fuerza. Dicho movimiento se muestra entonces como lugar donde —para nosotros— afán totalizante y apocalipsis hallan su engarce común. Y no sería tal vez difícil constatar que, en los momentos que han seguido a períodos de incremento notable del poder —simbólico, económico y cultural— de Occidente, la idea del apocalipsis —militar, religioso, atómico, ecológico...— ha ido cobrando patencia, perfilándose como límite necesario del orden de la posibilidad.

Detengamos momentáneamente lo hasta aquí dicho para explicitar ahora su importante postulado: cómo la mecánica de Newton ha podido servir de cañamazo sobre el que prender un texto acerca del orden social. Cómo la omnipresencia del poder sugiere —y aun afirma— que éste es el constitutivo de dicho orden. Pues, por vincular ambas constataciones, ¿es que sería posible hablar del poder sin sobreentender, en efecto, una oposición mecánica de fuerzas movibles configurando un sistema? De aquí, de esta omnipresencia, que si situamos —operatoriamente— en dos extremos al sociólogo y al filósofo, el poder obre para aquél como dato que explicar —desde dónde sino desde sí mismo y como acto particular de poder— y sobre el que basar una explicación de lo fáctico, mientras para éste se muestre, para su razón práctica, como límite último de la libertad, aporía ante la que sólo cabe el comprender. Entre estos polos —casi nunca dados en su pureza— el espectro de las explicaciones en las que sociología y filosofía se dan, en proporciones diversas, vinculadas.

Sería ilusorio, tratándose del poder, reclamar la extraterritorialidad, ni siquiera en el plano del discurso, fuera éste (como aquí se pretende) el del filósofo. Sin embargo, como el modelo newtoniano en física —sin ser por ello propia y literalmente refutado— pudo ser cuestionado a partir del establecimiento de microfisuras en el seno de las identidades que suponía, y de la explicación de las mismas —desde estos puntos de vista quiero traer el intervalo espacio-tiempo en el paradigma relativista—, así las identidades —movibles pero, siquiera momentáneamente, identidades— en el campo de fuerzas sociales podrían decirse habitadas de un íntimo cuestionamiento: al modo como cualquiera verdad —so pena de descalificarse como tal, esto es, de devenir dogmatismo excluyente— halla en lo interior de su fortaleza una debilidad esencial que la cuestiona y la sustrae del orden de la acción, imposibilitándola como realización acabada. De modo semejante, y dada la vinculación clásica de verdad e identidad, nos veríamos llevados a hablar, en este respecto, de una contracorriente de fondo —en el campo de fuerzas del poder— donde cada posición se construye sobre un renunciamiento interior, olvidado simultáneamente en la apertura del ámbito de la acción. Volveríamos ya, tras el desvío, a la cuestión inicial. No se trata de eludir la realidad del poder ni la explicación de su estructura, tampoco de ignorar la aporía que constituye y que torna problemático al discurso del filósofo, pero sí de atender por debajo de lo fáctico la deriva del mismo poder hasta la imposibilidad última de su fundamentación. Aquí, la falla subterránea del respeto, incluso más allá de cualquiera subjetividad.